

tras si las tropas desbaratadas y arrolla todo cuanto se le pone al paso; rechaza al enemigo, y va á situarse al lado de la 14.^a, que no había dejado de hacer prodigios de valor. Así se equilibra la lucha en este punto, y el ejército ocupa el semicírculo de la meseta; pero el momentáneo descalabro de la izquierda había obligado á Joubert á replegarse con la derecha; cedía el terreno, y acercábase ya la infantería austriaca por segunda vez al punto que Bonaparte tenía tanto interés en hacerla abandonar, dirigiéndose á la salida por donde el camino circular de Incanale desembocaba en la meseta. En el mismo instante, la columna compuesta de artillería y caballería, precedida de varios batallones de granaderos, franqueaba le senda circular, y con increíbles esfuerzos de bravura rechazaba á la 39.^a Vukassovich lanzaba desde la otra orilla del Adige una granizada de balas para proteger esta especie de escalamiento. Ya los granaderos habían trepado á la cima del desfiladero, y la caballería desembocaba en su seguimiento sobre la meseta; mas no era esto todo: la columna de Lusignán, cuyo fuego se había visto á lo lejos y que se divisó después á la izquierda, flanqueaba la posición de los franceses, é iba á situarse á su retaguardia para interceptar el camino de Verona, cortando el paso á Rey, que llegaba de Castel-Novo con la división de reserva. Los soldados de Lusignán, viéndose ya detrás del ejército francés, batían palmas y le creían cogido. En efecto, en aquella meseta, amenazada de frente por un semicírculo de infantería, flanqueada á la izquierda por una fuerte columna, escalada á la derecha por el grueso del ejército austriaco, y sufriendo el fuego que partía de la orilla opuesta del Adige, hallábase Bonaparte aislado con las únicas divisiones Joubert y Massena, en medio de una nube de enemigos: sólo contaba con diez y seis mil hombres y rodeábanle lo menos cuarenta mil.

Sin embargo, no se intimidó en aquel momento tan temible: lejos de ello, conserva todo el calor, toda la prontitud de la inspiración. Al ver á los austriacos de Lusignán, exclama: «Esos son nuestros»; y los deja avanzar sin inquietarse por su movimiento; mientras los soldados, adivinando á su general, participan de su confianza, y dicen también: «Esos son nuestros.»

En aquel instante no se ocupa ya Bonaparte sino de lo que pasa delante de él: su izquierda está cubierta por el heroísmo de la 14.^a y 32.^a; pero su derecha está amenazada á su vez por la infantería, que ha vuelto á tomar la ofensiva, y por la columna que escala la meseta. En el acto ordena movimientos decisivos: una batería de artillería ligera y dos escuadrones, al mando de dos valerosos oficiales, Leclerc y Lasalle, se dirigen al punto invadido. Joubert, que con la extrema derecha tenía este punto á la espalda, hace un cambio de frente con un cuerpo de infantería ligera, y todos cargan á la vez. La artillería ametralla primero á cuantos habían pasado ya, y la caballería é infantería atacan en seguida con vigor. A Joubert le matan el caballo, pero levántase más terrible que nunca, y precipitase sobre el enemigo con un fusil en la mano. Todos cuantos han pasado, granaderos, caballería y artillería, son precipitados en revuelta confusión por el sendero de Incanale; prodúcese un desorden horrible, y algunas piezas, cayendo en el desfiladero, aumentan la confusión y el espanto. A cada paso se mata y se hacen prisioneros.

Después de haber despejado la meseta de los sitiadores que la habían escalado, Bonaparte dirige sus golpes contra la infantería formada en semicírculo delante de él, haciendo avanzar á Joubert con la infantería ligera y á Lasalle con doscientos húsares. A este nuevo ataque, y no contando ya con la reunión, difúndese el espanto entre aquella infantería, que huye en desorden. Entonces, toda nuestra línea semicircular se pone en movimiento de derecha á izquierda, rechaza á los austriacos hasta el anfiteatro del Monte Baldo y los persigue á porfía por las montañas. Bonaparte marcha después sobre su retaguardia, y realizase su predicción respecto á las fuerzas de Lusignán. Esta columna, viendo los desastres del ejército austriaco, reconoce la suerte que le espera: Bonaparte, después de ametrallarla, manda cargar á la 18.^a y á la 75.^a medias brigadas; estos intrépidos soldados se ponen en movimiento entonando el *Canto de despedida*, y rechazan á Lusignán hasta el camino de Verona, por el cual llegaba Rey con la división de reserva. La columna austriaca resiste al principio, retírase después, y viene á dar contra las fuerzas de Rey. Espantada á su vista, invoca la clemencia del vencedor, y los cuatro mil hombres de que se componía rinden las armas. Ya se habían hecho dos mil prisioneros en el desfiladero del Adige.

Eran las cinco, y podía decirse que el ejército austriaco estaba aniquilado. Lusignán había sido hecho prisionero; la infantería que llegó por las montañas huía á través de espantosas rocas; la columna principal estaba embarrancada en la orilla del río, y la columna accesoria de Vukassovich contemplaba ociosa aquel desastre, separada del campo de batalla por el Adige. Esta admirable victoria no aturde á Bonaparte; piensa en el bajo Adige, que dejó amenazado, y juzga que Joubert con su intrépida división y Rey con la de reserva bastarán para descargar los últimos golpes sobre el enemigo haciéndole miles de prisioneros. Reune á la división Massena, que se había batido el día anterior en Verona, caminando después toda la noche para tomar parte durante todo el día en la acción del 25 (14), y marcha con ella en pos de nuevos combates. Estos intrépidos soldados, con el rostro alegre y esperando nuevas victorias, parecen no sentir las fatigas, aunque deben hacer una nueva marcha durante toda la noche; vuelan más bien que andan, para ir en auxilio de Mantua, de la que les separa una distancia de catorce leguas.

Bonaparte sabe en el camino lo ocurrido en el bajo Adige: Provera, ocultándose de Augereau, ha echado un puente en Anghiari, un poco más abajo de Legnago, y dejando á Hohenzollern más allá del Adige, ha marchado sobre Mantua con nueve ó diez mil hombres. Augereau, advertido demasiado tarde, se ha precipitado no obstante en su persecución, y sorprendiendo á su retaguardia, ha hecho dos mil prisioneros; pero Provera avanza sobre Mantua con siete ú ocho mil hombres para incorporarse á la guarnición. Bonaparte recibe esta noticia en Castel-Novo: teme que aquella, una vez advertida, salga para proteger á la columna que llega, y coja entre dos fuegos á las fuerzas que bloquean. En su consecuencia, camina toda la noche del 25 al 26 (14-15) con la división Massena, obligándola á marchar también todo el día 26 (15) para que llegue por la tarde á la vista de Mantua. Además destaca las reservas que ha-

bía dejado en Villafranca, y vuela para tomar él mismo disposiciones.

Aquel mismo día 26 (15) Provera había llegado delante de Mantua; preséntase en el arrabal de San Jorge, donde estaba apostado Miollis con mil quinientos hombres cuando más, é intímale la rendición. El intrépido Miollis le contesta á cañonazos, y rechazado de aquel punto, dirígese por el lado de la ciudadela, esperando una salida de Würmser; pero allí encuentra á Serrurier. Entonces se detiene en el palacio de la Favorita, entre San Jorge y la ciudadela, y envía una barca por el lago para decir á Würmser que salga de la plaza á la mañana siguiente. Bonaparte llega al anochecer, sitúa á Augereau á espaldas de Provera, y á los costados á Víctor y Massena, con el objeto de separarle de la ciudadela por donde Würmser debe tratar de hacer su salida. Sitúa á Serrurier para que le haga frente, y al amanecer del siguiente día, 27 nivoso (16 enero), empéñase la batalla. Würmser sale de la plaza y ataca á Serrurier con furia; éste resiste con igual denuedo, conteniéndole á lo largo de las líneas de circunvalación. Víctor, á la cabeza de la 57.^a, que aquel día mereció el nombre de *la Terrible*, se lanza sobre Provera, arrollando cuanto se le pone delante; y después de una lucha tenaz, Würmser es rechazado á Mantua. Provera, perseguido como un ciervo, cercado por Víctor, Massena y Augereau, y acosado además por Miollis, que ha hecho una salida, rinde las armas con seis mil hombres. Los voluntarios de Viena, que formaban parte de aquella fuerza, se rinden también después de una defensa honrosa, entregando la bandera bordada por manos de la emperatriz.

Tal fué el último acto de aquella operación inmortal, juzgada por los militares como una de las más hermosas y extraordinarias de que haga mención la historia. Súpose que Joubert, persiguiendo á Alvinzy, le había hecho aún siete mil prisioneros, que con los seis mil de la batalla de Rívoli formaban un total de trece mil. Augereau hizo dos mil; Provera entregó seis mil; recogéronse mil delante de Verona, y algunos centenares en otros puntos; resultando, pues, el número de veintidós á veintitrés mil prisioneros en tres días. La división Massena había marchado y combatido sin descanso durante cuatro, andando por la noche y peleando de día; y por eso Bonaparte escribió con orgullo que sus soldados habían sobrepujado á la ponderada rapidez de las legiones de César. Se comprende por qué agregó después al nombre de Massena el de Rívoli: la acción del 25 (14 enero) se llamó batalla de Rívoli, y la del 27 (16) se designó con el nombre de la Favorita.

Resulta, pues, que en tres días Bonaparte había cogido ó matado una mitad del ejército enemigo, hiriéndole como con un rayo. Austria había hecho su último esfuerzo é Italia era ya nuestra. Würmser, encerrado en Mantua sin esperanza, había agotado con sus tropas la carne de todos los caballos, y las enfermedades se agregaban al hambre para aniquilar á su guarnición. Una resistencia más prolongada hubiera sido inútil y contraria á la humanidad: el anciano mariscal había dado pruebas de un noble valor y de una rara obstinación y podía pensar en rendirse. En su consecuencia envió á Klenau, uno de sus oficiales, para parlamentar con Serrurier, quien consultó al general en jefe. Este último asistió á la conferencia, y embozado en su capote, sin

darse á conocer, escuchó el diálogo entre Klenau y Serrurier. El oficial austriaco disertaba largamente sobre los recursos con que aún contaba su general, asegurando que aún tenía víveres para tres meses. Bonaparte, siempre embozado, se acerca á la mesa junto á la cual se conferenciaba, coge el papel en que estaban escritas las proposiciones de Würmser, y comienza á trazar algunas líneas al margen, sin decir una palabra, con gran asombro de Klenau, que no comprendía la acción del desconocido.

Después, levantándose y descubriéndose, Bonaparte se acerca á Klenau y le dice: «Tomad, ahí están las condiciones que concedo á vuestro mariscal. Si tuviera sólo víveres para quince días y hablase de rendirse, no merecería ninguna capitulación honrosa; pero cuando él os envía, es que se ve reducido al último extremo. Respeto su edad, su bravura y sus desgracias. Llevadle las condiciones que le otorgo; bien salga de la plaza mañana, ó en un mes, ó dentro de seis, no las tendrá mejores ni peores. Puede permanecer en ella tanto como convenga á su honor.» Al oír aquel lenguaje y aquel tono, Klenau reconoce al ilustre capitán, y corre á llevar á Würmser las condiciones impuestas. El anciano mariscal manifestó el más profundo agradecimiento al ver la generosidad con que le trataba su joven adversario. Concedíale permiso para salir libremente de la plaza con todo su estado mayor; le dejaba además doscientos jinetes, quinientos hombres de su elección, y seis cañones, para que su salida fuese menos humillante; y la guarnición debía ser conducida á Trieste para ser canjeada por prisioneros franceses. Würmser se apresuró á aceptar estas condiciones, y en prueba de su agradecimiento al general francés, dióle cuenta de un proyecto de envenenamiento tramado contra él en los Estados del papa. Debía salir de Mantua el 14 pluvioso (2 febrero), y al abandonar la ciudad, consolábase con la idea de entregar su espada al mismo vencedor; pero sólo encontró al intrépido Serrurier, ante el cual hubo de desfilar con todo su estado mayor. Bonaparte había marchado ya á la Romania para ir á castigar al papa y al Vaticano. Su vanidad, tan profunda como su genio, había calculado de distinto modo que las vanidades vulgares; prefería estar ausente que no presente en el teatro de su triunfo.

Rendida Mantua, la Italia quedaba conquistada definitivamente, y por tanto aquella campaña debía darse por concluída.

Cuando se considera el conjunto, asombra el número de batallas, la fecundidad de las combinaciones y los inmensos resultados. Penetrando en Italia con treinta y tantos mil hombres, Bonaparte separa primero á los piemonteses de los austriacos en Montenote y Millesimo, acabando de aniquilar á los primeros en Mondovi; después va en seguimiento de los segundos, pasa por delante ellos el Po en Plasencia, el Adda en Lodi, apodérase de Lombardía, se detiene un instante, vuelve á ponerse en marcha muy pronto, halla á los austriacos reforzados en el Mincio, y acaba de aniquilarlos en la batalla de Borghetto. Una vez allí, abarca de una ojeada el plan de sus operaciones futuras: en el Adige es donde debe situarse para hacer frente á los austriacos; en cuanto á los príncipes que se hallan á su espalda, se limitará á contenerlos con negociaciones y amenazas.

Enviase contra él un segundo ejército á las órdenes de Würmsér: no puede batirle sino concentrándose rápidamente y derrotando uno tras otro á cada uno de los cuerpos aislados; como hombre resuelto, sacrifica el bloqueo de Mantua, derrota á Würmsér en Lonato y Castiglione y recházale al Tirolo.

Reforzado nuevamente el general austriaco, como antes Beaulieu, Bonaparte se adelanta á él en el Tirolo, remonta el Adige, lo arrolla todo ante sí en Roveredo, precipitase á través del Brenta, corta el pasó á Würmsér, que creía cortársele á él, le arrolla en Bassano y enciérrale en Mantua. Este es el segundo ejército austriaco aniquilado después de recibir refuerzos.

Negociando siempre y amenazando desde las orillas del Adige, espera al tercer ejército: es formidable, y llega antes que el general francés haya recibido auxilios; obligado á retroceder, se desespera, y hállase á punto de sucumbir, cuando encuentra en medio de un pantano impracticable dos líneas que desembocan en los flancos del enemigo y en las cuales se precipita con increíble audacia. Vence también en Arcola, pero el enemigo se detiene sin quedar aniquilado, y vuelve por última vez más poderoso que las primeras. Por una parte baja de las montañas, y por la otra costea el Adige inferior. Bonaparte descubre el único punto donde las columnas austriacas, circulando en un país montañoso, pueden reunirse; precipitase sobre la célebre meseta de Rívoli, y desde ella abrasa al principal ejército de Alvinzy. Después, emprendiendo su vuelo hacia el Adige inferior, rodea á toda la columna que le había franqueado. Su última operación es la más hermosa, porque aquí se ha unido la fortuna al genio.

Así, pues, un solo ejército, que al empezar la campaña sólo tenía treinta y tantos mil hombres y sólo había recibido veinte mil para compensar sus pérdidas, aniquiló en diez meses, además del ejército piemontés, otros tres formidables, tres veces reforzados. Cincuenta mil franceses batieron por lo tanto á más de doscientos mil austriacos, cogiendo ochenta mil prisioneros y dejando fuera de combate veinte mil entre muertos y heridos; habían trabado doce batallas campales y más de sesenta combates y cruzado varios ríos arrojando las corrientes y el fuego del enemigo. En cuanto á la guerra, es una rutina puramente mecánica, que consiste en rechazar y matar á los contrarios que se ponen delante, y es poco digna de la historia; pero cuando se ofrece uno de estos encuentros en que se ve á un gran número de hombres movidos por un solo y gran pensamiento, que se desarrollan en medio del fuego y de los rayos con tanta precisión como la de un Newton ó Descartes en el silencio del gabinete, entonces el espectáculo es tan digno del filósofo como del hombre de Estado y del militar. Y si esta identificación de la multitud con un solo individuo, que produce la fuerza en su más alto grado, sirve para proteger y defender una noble causa, entonces la escena es tan moral como grandiosa.

Bonaparte corría ya á realizar nuevos proyectos, dirigiéndose á Roma á fin de poner término á los enredos de aquella corte de clérigos, para volver, no ya al Adige, sino á Viena. Con sus victorias había trasladado la guerra á su verdadero teatro, al de Italia, desde don-

de podría caer sobre los Estados hereditarios del emperador. El gobierno, ilustrado por sus hazañas, enviábale refuerzos, con los cuales podía ir á Viena á dictar una paz gloriosa en nombre de la república francesa. El fin de la campaña había reanimado todas las esperanzas que su principio hizo concebir.

Los triunfos de Rívoli pusieron el colmo á la alegría de los patriotas: hablábase en todas partes de aquellos veintidós mil prisioneros y se citaba el testimonio de las autoridades de Milán, que los habían revistado, certificando el número para responder á todas las dudas de la malevolencia. La rendición de Mantua fué el colmo de la satisfacción, pues desde aquel momento se creyó en la conquista definitiva de Italia. El correo que llevaba estas noticias llegó por la noche á París: reunióse en el acto á la guarnición y fueron publicadas á la luz de las antorchas y al son de las músicas, en medio de los gritos de alegría de todos los franceses afectos á su país. ¡Días para siempre célebres, y que eternamente echaremos de menos! ¡En qué época se mostró nuestra patria tan noble y grandiosa! Las borrascas de la revolución parecían calmadas; los murmullos de los partidos resonaban como los últimos rumores de la tempestad, y considerábanse aquellos restos de agitación como la vida de un Estado libre. El comercio y la hacienda salían de una crisis terrible; todo el suelo, restituído á manos industriosas, iba á ser fecundado; un gobierno compuesto de ciudadanos iguales á nosotros regía á la república con moderación, debiendo sucederles los más dignos de ello. Todas las vías estaban libres: Francia, en el colmo de su poderío, era dueña de todo el suelo que se extiende desde el Rhin á los Pirineos y desde el mar á los Alpes. Holanda y España iban á unir sus fuerzas navales con las nuestras, para combatir de consuno el despotismo en los mares; y resplandecía con una gloria inmortal. Admirables ejércitos hacían ondear sus banderas tricolores á la faz de los reyes que quisieron aniquilarlos. Veinte héroes, de diverso carácter y talento, semejantes tan sólo por la edad y el valor, conducían á sus soldados á la victoria. Hoche, Kléber, Desaix, Moreau, Joubert, Massena, Bonaparte y otros muchos avanzaban juntos.

Apreciábanse sus diversos méritos; pero nadie, por perspicaz que fuese, hubiera podido distinguir en aquella generación de héroes á los desgraciados ó á los culpables; nadie podía adivinar cuál iba á morir en la flor de su edad, atacado de un mal desconocido, cuál espiraría bajo el puñal musulmán ó el fuego del enemigo, cuál oprimiría la libertad, vendiendo á su patria; todos parecían grandes, puros, felices y llenos de porvenir.

Aquello no fué sino un momento; pero sólo hay momentos, así en la vida de los pueblos como en la de los individuos. Íbamos á encontrar de nuevo la opulencia con el reposo; en cuanto á la libertad y á la gloria, ya las teníamos... «Es preciso, ha dicho un antiguo, que la patria sea, no sólo feliz, sino suficientemente gloriosa.» ¡Este deseo estaba completamente satisfecho! ¡Franceses, los que habéis visto después oprimida nuestra libertad, invadida la patria y á nuestros héroes fusilados ó infieles á su gloria, no olvidéis jamás aquellos días inmortales de libertad, de grandeza y esperanza!

CAPITULO VII

Situación del gobierno durante el invierno del año v (1797). — Caracteres y desavenencias de los cinco directores, Barras, Carnot, Rewbell, Letourneur y Larevelliere-Lepeaux. — Estado de la opinión pública. — Club de Clichy. — Intrigas de la facción realista. — Descúbrese la conspiración de Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle. — Elecciones del año v. — Ojeada sobre la situación de las potencias extranjeras al principiar la campaña de 1797.

Las últimas victorias de Rívoli y la Favorita y la toma de Mantua habían devuelto á Francia toda su superioridad, y á pesar de todas las injurias que se dirigían al Directorio, inspiraba mucho temor á las potencias extranjeras. En la correspondencia secreta con el gobierno de Venecia escribía Mallet-Dupán (1). *La mitad de Europa está á los pies de este diván, y compra el honor de llegar á ser su tributaria.* Aquellos quince meses de un mando enérgico y glorioso habían consolidado en el poder á los cinco directores, pero también dieron rienda á sus pasiones y á su diversidad de carácter. Los hombres no pueden vivir reunidos largo tiempo sin sentir afecto ó repugnancia unos hacia otros, y sin asociarse según sus inclinaciones. Ya estaban divididos Carnot, Barras, Rewbell, Larevelliere-Lepeaux y Letourneur.

Carnot era sistemático, tenaz y orgulloso, y carecía absolutamente de aquel don que da al alma extensión y acierto y amenidad al carácter. Era perspicaz; dominaba bien el objeto que se proponía examinar; pero comprometido una vez en un error, jamás se desengañaba. Honrado, animoso y muy amante del trabajo, nunca perdonaba sin embargo las ofensas hechas á su amor propio, y era entusiasta y original, como sucede á todos los hombres meditabundos. En otro tiempo se había indispuerto con los individuos del comité de salvación pública, porque no era posible que simpatizase su orgullo con el de Robespierre y Saint-Just, ni que teniendo tan esforzado ánimo cediese á su despotismo. Al presente debía sucederle lo mismo con el Directorio; además de las infinitas ocasiones en que podía chocar con sus colegas, desempeñando comunmente un cargo tan difícil como el de gobernar y que tan naturalmente produce diversidad de opiniones, abrigaba antiguos resentimientos, especialmente contra Barras.

Todas sus propensiones de severidad, honradez y asiduidad difícilmente podían avenirse con las de este colega perezoso, pródigo y libertino; pero sobre todo le detestaba por ser el caudillo de aquellos termidorianos, amigos y vengadores de Dantón, y perseguidores de la antigua Montaña. Carnot, que era uno de los principales autores de la muerte de Dantón, y que le había faltado muy poco para ser víctima de las persecuciones dirigidas contra los montañeses, no podía perdonar á los termidorianos; por eso sentía un odio profundo hacia Barras.

(1) Correspondencia secreta con el gobierno de Venecia.

Éste había servido en otro tiempo en las Indias, donde mostró el valor de un soldado. Era muy á propósito en los motines para montar á caballo, que es lo que hemos visto que le hizo ganar su asiento en el Directorio; y por eso en todos los peligros hablaba de montar á caballo y acuchillar á los enemigos de la república. Era de elevada estatura y de gallarda presencia; pero su mirar tenía cierto aire sombrío y adusto, que se acomodaba mal con su carácter, más arrebatado que dañino. Aunque de noble cuna, nada tenía de escogido en sus modales, que eran bruscos, impetuosos y vulgares. Poseía un acierto y penetración, que á haber estudiado y trabajado más, hubieran podido distinguirle sobre manera; pero, desidioso é ignorante, no sabía otra cosa que lo que se aprende en una vida agitada, y traslucía en los asuntos de que tenía que juzgar diariamente bastante talento para deseárselo una educación más esmerada. Por lo demás, libertino y cínico, violento y falso como los meridionales, que saben encubrir la doblez bajo el aturdimiento, republicano por naturaleza y posición, pero hombre sin fe, admitiendo en su casa á todos los revolucionarios más furiosos de los arrabales y á todos los emigrados vueltos á Francia, agradando á unos con su trivial impetuosa, conviniendo á los otros con su espíritu intrigante, era en realidad ferviente patriota, pero halagaba en secreto á todos los partidos. El solo representaba el partido de Dantón, menos el genio de este corifeo que no había transmitido á sus sucesores.

Rewbell, antiguo abogado de Colmar, adquirió en la barra y en nuestras distintas Asambleas mucha práctica en el manejo de los negocios. A la más extraordinaria penetración y gran criterio reunía una vasta instrucción, gran memoria y asiduidad para el trabajo. Estas cualidades le hacían un hombre de mucho mérito para gobernar el Estado. Discutía perfectamente los asuntos, aunque era un tanto sutil por estar habituado al foro. Tenía buena figura y era hombre de mundo; pero brusco é insolente por la rudeza de su lenguaje. A pesar de las calumnias de los contrarrevolucionarios y malvados, era persona de mucha probidad; mas por desgracia pecaba de algo avaricioso; gustábase emplear su fortuna personal de una manera ventajosa, lo cual le inducía á buscar agentes de negocios, proporcionando con ello enojosos pretextos á la calumnia. Cuidábase mucho de las relaciones exteriores, y tenía tanto celo por los intereses de Francia, que de buena gana hubiera sido injusto con